



# La Maldición de la Literatura

Liliana Díaz Mindurry



Díaz Mindurry, Liliana

La maldición de la literatura. - 1a ed. - Buenos Aires : Ruinas Circulares,  
2012. Colección Crítica/Enrique Solinas  
164 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1610-67-9

1. Ensayo Literario. I. Título.  
CDD A864

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723  
SEPTIEMBRE 2012

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Grabado de tapa: Imprenta, de Rembrandt Harmenszoon van Rijn

Contacto con el autor: [lidimienator@gmail.com](mailto:lidimienator@gmail.com)

Ediciones Ruinas Circulares  
Directora: Patricia Bence Castilla  
Aguirre 741 - 7º B  
(1414) Buenos Aires  
E-mail: [info@ruinascirculares.com](mailto:info@ruinascirculares.com)  
[www.ruinascirculares.com](http://www.ruinascirculares.com)



# La Maldición de la Literatura

Liliana Díaz Mindurry



## COMITÉ DE REFERATO

Dr. Jorge Bracamonte  
(Universidad Nacional de Córdoba y CONICET)

Dr. Antonio Esteves  
(Universidade Estadual Paulista, Assis, Brasil)

Dr. Manuel Fuentes Vázquez  
(Universidad Rovira i Virgili, España)

Dra. María Rosa Lojo  
(Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador y CONICET)

Mg. Cristina Piña  
(Universidad de Mar del Plata)

Dra. Rosa Tezanos-Pinto  
(Indiana University-Purdue University, Indianapolis, USA)

Liliana Díaz Mindurry nació en Buenos Aires. Obtuvo en narrativa la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores por la novela *La resurrección de Zagreus*, el Primer Premio Municipal de Buenos Aires en cuentos editados Bienio 90-91 por el libro *La estancia del sur*, el Primer Premio Municipal de Córdoba por el mismo libro, el Primer Premio Fondo Nacional de las Artes 1993 por la novela *Lo extraño*, Premio Centro Cultural de México en cuento 1993, Premio El Espectador de Bogotá en cuento 1994, ambos en el concurso Juan Rulfo de París, el 1º Premio Jiménez Campaña de Granada, Premio Fernández Rielo de Madrid. Fue premiada por la Municipalidad de Encina de la Cañada (España) y en la Municipalidad de Puebla (México), obtuvo el Premio Planeta 1998 por la novela *Pequeña música nocturna*, entre otros premios. Tiene diecinueve libros publicados, entre ellos las novelas *La resurrección de Zagreus*, *A cierta hora*, *Lo indecible*, *Summertime*, *Hace miedo aquí* y el libro de ensayos "*La voz múltiple*". Algunos de sus libros de cuentos son: *Buenos Aires ciudad de la magia y de la muerte*, *En el fin de las palabras*, *Retratos de infelices*, *Ultimo tango en Malos Ayres*. En poesía publicó *Sinfonía en llamas*, *Paraíso en tinieblas*, *Wonderland*, *Resplandor final*: obtuvo el Premio Fondo Nacional de las Artes, el Subsidio de Antorchas, la Faja de Honor de la Sociedad de Escritores, el Primer Premio Embajada de Grecia, el Primer Premio First, etc. Varios de sus poemas fueron publicados en Colombia, Austria y otros países. Su obra fue traducida al alemán y al griego. El cuento Onetti a las seis fue llevado a la escena teatral por Hernán Bustos junto con *Un sueño realizado* de J C Onetti. Realizó el prefacio a las obras completas de Onetti en la Editorial Galaxia Gutenberg de España y ha escrito numerosos ensayos sobre su obra. Coordina talleres literarios desde 1984.



*Se le dio al hombre el más peligroso de los bienes: el lenguaje.*  
**Friedrich Hölderlin ( IV, 246)**



## 1) La maldición y el mal-decir

*Nosotros maldecimos y execramos a Baruch de Spinoza (...) que sea maldito en el día, que sea maldito en la noche, que sea maldito cuando duerme y cuando esté despierto(...). Quiera el Eterno jamás perdonarlo (...), que su nombre sea borrado de este mundo para siempre.*

**Sus jueces**

Maldecir, imprecuar, desear el mal. Pronunciar un nombre en el mal. Es un deseo intenso de producir daño. Se desarrolla en los antiguos mitos, hay una caída por alguna razón misteriosa y una consiguiente maldición. *Maldito sea el suelo por tu causa (...) espinas y abrojos te producirá.* No podemos dejar de pensar en las maldiciones de los profetas, de parte de Dios, como emisarios de Dios Padre, el Sin Nombre, el Yo Soy el que Soy. En Kierkegaard, maldecido por su padre, llevado a un lugar especial para ser maldecido. En Edipo que, en vez de preguntar como el salmista *Dios mío, por qué me has abandonado*, a los dioses o al Hado, maldice a su hijo y es figura de esa maldición transmitida desde el origen.

La maldición parece unida al padre (¿Dios Padre?). Es el que bendice cada día (la bendición es transferencia de fuerza, santificación, hacer santo por la palabra, lo más elevado de la energía cósmica, por tanto maldecir es quitar fuerzas, demonizar) y el que tiene el poder de maldecir lo hace en nombre de la Ley o como representante de la Ley, como Ley encarnada.

\*\*\*

Las ideas de Freud son ya demasiado conocidas: la matanza y el canibalismo de un padre mítico han producido la suprema maldición: esa culpa que siente todo hombre en el origen. Ese padre mítico tal vez hubiera maldecido a su stirpe. Con el objeto de vivir en paz los hermanos victoriosos renunciaron a las mujeres por las que habían asesinado al padre y decidieron la exogamia.

El Redentor tal vez hubiera sido el caudillo y por ello el sacrificio expiatorio. En la comunión se reproduce el banquete totémico.

Para Freud el “vosotros habéis asesinado a Dios” como maldición a los judíos, debe entenderse como “Vosotros *no queréis admitir* que habéis asesinado a Dios”.

\*\*\*

Pero nada de esto toca, en mi opinión, el tema central: un lenguaje que desunió a los presuntos hermanos, babélico, monstruoso en su decir, que nunca dice lo que aspira a decir.

Convengamos que la maldición parece unida a la palabra (Mal-Decir) o es la palabra esa suprema maldición. Porque la palabra ordena ficticiamente el desorden.

La maldición del Génesis y la Babélica producen también otros efectos. Un hombre que quiere decir para imponer, no para nombrar, sino para dictar al estilo dictador. Lo que el hombre manifiesta tiene una capa de sombra: lo que esconde, lo que miente. Se vuelve duplicidad. En Babel desune pueblos. En el diálogo con Dios no hay respuesta, salvo para los creyentes cristianos la misteriosa Palabra hecha carne, maldecida para bendecir.

\*\*\*

El hecho es que la maldición proviene de considerar sagrado el vínculo entre la palabra y la cosa, y que la palabra en sí crea o destruye. Rota la ilusión cratílina, sigue existiendo una sensación de horror, de angustia transmitida de generación en generación: la vida, en sí, parece maldición. Sin embargo la verdadera maldición, o si se quiere, el mal por excelencia es el decir, que es un Mal-Decir. Afirma Blanchot: *cuando digo “esta mujer”, la muerte real se anuncia y está presente ya en mi lenguaje; mi lenguaje quiere decir que esta persona, que está aquí, ahora, puede ser separada de sí misma, sustraída de su presencia y existencia (...), mi lenguaje significa en esencia la posibilidad de esa destrucción.* Agrega que cuando habla, habla la muerte en él.

La maldición, ya sea de un Edipo maldecido que maldice a su vez a su hijo Polinice; del pecado original; de los custodios de la tumba de Tutankamon a futuros sacrílegos; o del jefe de los Templarios desde la hoguera hasta la séptima generación de Felipe el Hermoso de Francia, nace de un malentendido, de alguien que

dice mal y de otro que entiende mal, ya sea porque el verbo es inconsciente y hay una parte de no-revelación (Lacan), o del mismo hombre también concebido por Lacan como un malentendido. Lo dice en el sentido de un legado de Mal-Decir a través de las generaciones. Dos hablantes, prosigue, no hablan la misma lengua. No se escuchan hablar.

Salvo convención utilitaria. Entonces el lenguaje deviene informática, las palabras se emiten no para nombrar sino para programar. Son, como diría Hugo Mujica, códigos sin mensaje. Mercancía pura. Lo que funciona, lo que es a imagen del aparato. Y tiene que ver con la dominación: lo que funciona es para la dominación.

Digo y mi decir, es un decir de algo que no me pertenece, algo que se filtra solapadamente en mi lenguaje. Algo que no quiero, que no deseo decir. Digo o aprendí a decir, no como los animales en sus gritos para expresar subjetivamente una emoción que no comunica. Hablo para dar unidad a mi pensamiento desestructurado, a mi masa de sensaciones sin unidad, hablo para dar una imposible unidad a lo que siento y para comunicar a otro un mensaje que necesito. Hablo y en seguida aparece la ambigüedad, el malentendido: no quiero decir lo que digo, digo *lo otro*, la ajenidad absoluta. Y el otro entiende lo que no quise decir, lo que ni siquiera se filtró en mis palabras, sino en su propio pensamiento que tradujo de acuerdo a su masa oscura de sensaciones primordiales, su universo absolutamente distinto e incomunicable. Las tinieblas, la confusión el desorden de antes de “Hágase la luz”, luz que no mostró sino una nueva oscuridad: la sombra de la luz.

Me interesa referirme al habla en su función emotiva y expresiva y dejar a un lado otros tipos de comunicación. Me olvido de las funciones comunicacionales en un sentido pragmático, en un materialismo operante y operativo que produce la alienación del habla entre aparatos, y entro en el lenguaje de un hombre que desea hablar de lo que siente a otro, o de lo que siente con otro. Hablo de un lenguaje que pretenda calmar la soledad y la extrañeza y no de

un lenguaje de sujeto con objetos eficaces. Puedo usar lo operativo para manipular y puedo usar la duplicidad del lenguaje entre sujetos para manejar, esclavizar, pero yo me refiero a un lenguaje que busca la comunicación y hasta el amor entre los sujetos. Es aquí donde la imprecación del Mal-Decir tiene su pleno efecto. ¿Cómo reducir a palabras con mil sentidos eso que no tiene unidad en el pensamiento? ¿Cómo puede recibir el otro en su lejanísimo universo eso que ha sido mal-dicho, filtrado de ajenidades, de lugares inconscientes, de sentidos variables? Si ya la simple palabra mata al referente más simple, como por ejemplo un vaso, cómo se puede decir *bien*, cómo decir las ambivalencias de un sentimiento, de una sensación. Incluso de una interpretación de algo que sucede y denota un juicio. Cómo no sentir la maldición bíblica, esas espinas y abrojos producidos en el suelo propio y, peor aún, en unión a las espinas y abrojos del suelo ajeno. ¿Es que la Ley del Padre ha producido su efecto, ha roto la primera energía personal que se expresa en el lenguaje y en la posibilidad de cerrar la maldición de una soledad sin fronteras? La comunión de los santos, (comunión como unión íntima de *bendecidos*) aparece como una puerta cerrada o un suelo envenenado: las *aguas amargas* que recibe la mujer presuntamente adúltera en la sociedad hebraica. Que decida Dios. ¿Otra palabra, la Ley del Padre, lo indecible, la muerte misma? ¿Aquí hay un deseo intenso de producir daño? ¿De parte de quién? ¿Del lenguaje mismo que se aprendió para elaborar la ausencia de la madre? ¿El lenguaje como deidad?

Ante todo ese lenguaje de Mal-Decir empezó como separación del yo con el mundo y separación de las cosas, que se volvieron irreales a fuerza de nombrarse. Estar en el mundo se transformó en nombrar la estadía en el mundo, y la palabra afirmó la radical soledad. Así como también la irrealidad, hasta un grado de solipsismo. Ser es ser percibido-nombrado-maldicho. Unidad imposible. Cada palabra remite a mil palabras que remiten a mil palabras y ninguna dice más que lo vacío. El otro es otra palabra, más ambigua que ninguna, y como receptor toma un mensaje oscuro y lo descifra en una clave oscura.

Por otro lado la maldición suprema es la de la palabra, si

vamos a creer a Wittgenstein que lenguaje y mundo son coextensivos y los límites de uno son los límites del otro.

Si leemos a Heidegger es el lenguaje el que habla al hombre y no al revés. Crea la realidad.

La palabra es en primer lugar engaño. El término “logos” de donde proviene lógica se había formado a partir del verbo *legen*, raíz que en español pervive en “legión” (no podemos dejar de recordar la famosa Legión de demonios de los Evangelios) que significa reunión: es decir, reunir lo múltiple para llegar a lo uno. ¿Una palabra que reúne pluralidad de significados? Seguramente engañosa, caos disfrazado de orden, que es la peor de las confusiones.

La ley del más fuerte es sutilmente la ley de la persuasión retórica, aunque el hombre disponga de armas mortales para exterminar el mundo. La palabra puede justificar eso y cualquier cosa.

El silencio también es un lenguaje y los gestos, especialmente la mirada, cuya fijeza de Medusa ha sido estudiada por el psicoanálisis como popularmente se llama al “mal de ojo” tiene un poder de maldición (de arrancar secretos) completamente ambiguo. El silencio es, como veremos, el otro lado de la palabra y es también palabra. Todo el universo humano está atravesado por la palabra, ya sea expresa o tácita, y por tanto es Mal-Decir: lo que sucede es que la palabra supone una claridad, una expresividad, y hasta una confesión. Supone salir del mundo inhumano del animal o la planta y entrar en un mundo de sujetos. Pero de golpe es un antimundo, un *immundo*.

\*\*\*

Algunos psicoanalistas opinan que lo que *dice mal* es el inconsciente. Que es un decir que falta, un decir forcluido. ¿Este inconsciente sería la fatalidad de los clásicos? Para Lacan la maldición se traduce como imposible. Lo que escapa al alcance del sujeto. Se puede hablar de inconsciente. Se puede designar cualquier cosa a esto que nos hace decir en forma paranoica que “las cosas están tramadas”. Sea como fuere todo viene de una palabra mal dicha, de

algo que digo y no es eso, de algo que dice el otro y no es eso. Y de ese lugar se genera la culpa que es un darle nombre a la sinrazón, al Malentendido Esencial.

\*\*\*

Como se lamentaría Octavio Paz: hasta *las redes de pescar palabras están hechas de palabras*. Hablar de las palabras es entrar en el Reino del Mal-Decir. Un infierno tan temido. Ya el simple pronunciar palabras es el lugar del mal, no se necesita ningún deseo que lo refuerce de provocar ninguna des-gracia. La falta de gracia es, precisamente, no eximirse de la Ley y la Ley del Padre es la Ley de morir, no de una sola muerte sino de todas las muertes de la soledad.

La literatura (o diremos la poesía para descartar una escritura mercantil) asume como el héroe griego toda la fatalidad de su sino. En primer lugar, escribe haciéndose cargo de la imposibilidad de escribir. En otras palabras, asume la paradoja máxima. La insatisfacción será total y habrá que asumirla como un héroe que sabe que no puede vencer al dragón, pero no deja por ello de combatir. Es como si escribir le deparara la salvación eterna, pero no cree en ninguna eternidad. Apuesta al absurdo. Por eso escribir es una fe como la fe en Dios, una apuesta a Nada. Escribir, tal vez parte, de una desesperación asumida, que al emprenderse en su vacuidad se vuelve una muy extraña esperanza. Y emprende contra todas las maldiciones, los mal-decires, siendo el colmo del Mal-Decir. Asume el caos sin forma, las tinieblas, el desorden, la confusión, el vacío mismo. Es como una oración a Nadie, y aunque quien escriba sea absolutamente ateo, es religioso por escribir, porque eso es su re-ligamiento, es el mismo salto de la fe que nombraba Kierkegaard. ¿Quién puede creer sino Abraham en un Dios que da un hijo milagroso y después pide su sacrificio? ¿Quién puede escribir asumiendo todo el Mal-Decir de la palabra y viviéndolo como una bendición? Y desde ese lugar de aceptación (y rebeldía), excediendo todo lo maldito de la palabra, produce un

alivio, así como el cuadro, diría Lacan, invita a deponer la mirada petrificante, y se vuelve apolíneo.

Escribir también es un acto incesante, sin principio ni fin, entregarse a eso que no termina, entregarse a la angustia como a brazos amados y sacar de la angustia algo nuevo, completamente distinto, que no dejando de ser angustia es más que eso.

Entregarse a lo lejano, a lo que no se comprende, a lo que no está la mente en condiciones de entender, porque implica no eludir nada, defender lo absurdo, lo sin límites, lo inabarcable. Imitar la mentira, la paradoja, el caos del lenguaje de todos los días. Camus dice que el universo de un creador es magnífico y pueril. Estoy absolutamente de acuerdo. Es magnífico en su rebelión, pero toda rebelión es infantil o adolescente. El hombre mediocre no se rebela, usa la maldición de la palabra para sus fines y es usado por ella. Sus fines son el poder, que es una manera de afirmar la muerte.

Observaría Mallarmé que la poesía tuvo como misión *dar un sentido más puro a las palabras de la tribu*. Es difícil entender hoy qué es ese sentido puro, si es una simple búsqueda de sentido y si el sentido es la mera búsqueda, atravesando la selva del Mal-Decir de las palabras. Tomando ese puro Mal-Decir, el lenguaje poético es interrogación absoluta, donde ni siquiera se aclara sobre qué se interroga. O la interrogación es hacia un lenguaje maldito, que no produce sino la abertura del caos. ¿En ese caos primigenio se rescata la pureza de algo que un orden no logra disfrazar? ¿Se alcanza el real imposible de Lacan? ¿Se des-vela que nada es posible des-velar? ¿Qué las palabras no representan sino que presentan la antigua oscuridad animal?

¿Nostalgia de lo inhumano?

¿De eso trata la poesía?

¿Revelación de lo inhumano?

¿Del silencio petrificante que rodea las palabras? ¿Decir por fin la nada, el agujero de las cosas?

¿Producir inquietud, precisamente, desde esa nada?

¿El encantamiento de las fuerzas oscuras que contienen las palabras cuando están fuera de sí mismas, de su significado primario, si es que alguna palabra significa algo, fuera del código?

¿Revelar desde la impotencia?

¿Ser una pasión sin finalidad, gratuita, un amor absurdo?

¿Afirmar desde la pura negación, construir desde un no absoluto?

¿Triunfar desde el vacío?

¿Del balbuceo, de no poder decir, por una antigua maldición o por una maldición instalada desde siempre en que la palabra intentó compensar una ausencia?

El lenguaje habla todo el tiempo de la muerte. La muestra desde su contradicción incesante. Cada palabra es una tumba. La literatura rescata eso, sólo que, al ser ficción pura, desenmascara la otra ficción que pretendemos que no sea ficción.

Ese lenguaje culmina en Pirandello donde el hombre es irreal. Es ese hombre irreal que pronuncia, o peor, escribe lo único real que es la muerte. O al menos el paso a otra cosa o a nada. Ni siquiera se sabe qué es la muerte. Y el lenguaje la dice, la recrea, la mal-dice, la disfraza, la vuelve paradójica, manipulación, mentira, traición, ambivalencia. Está y no está. Es y no es. Muere algo que es en sí irreal y su lenguaje, su escritura llevada al extremo dice todo el tiempo “muerte”.

Enseña la primera ausencia materna y es lo que humaniza lo que vuelve persona o máscara.

Entonces, definitivamente: el lenguaje: ¿ha sido creado para entender, para precisar contenidos mentales? Definitivamente sí. Pero ésa es la tragedia. También el amor ha sido creado para la comunión absoluta con el otro. O ése debiera ser el sentido. Ya sabemos que no es posible. La literatura grita esta imposibilidad y si tiene algo que revelar, diremos que revela esa ausencia perfecta, esa pérdida, y de golpe, tal vez empezamos a entender que si el amor no es comunión absoluta es posible que sea a causa del lenguaje,

de la locura que significa un bien, un deseo inalcanzable. Fernando Pessoa lo pone en la boca de su Diablo y es como si dijera la maldición demoníaca es el deseo insatisfecho y en esa insatisfacción, la primordial, es el lenguaje el culpable. No decir. No poder decir. Decir mal. Decir lo contrario. Decir lo que no dice nada. Decir el equívoco.

Henri Michaux escribe: *En este año desgraciado, perdí mis manos, pero guardé mis muñecas. No es satisfactorio (...) A veces sin embargo lloro, lloro, no puedo más, lloro atravesado de incesantes golpes de pica y todos ellos aúllan en mí, aúllan: ¡Has perdido tus manos!, ¡has perdido tus manos, desgraciado!, ¡has perdido tu vida!*

¿Qué pérdida es ésta? Con las manos se escribe, pero se escribe la pérdida. La primera: la del lenguaje. Los códigos están rotos. Se simula que subsisten, pero el escritor-poeta dice lo único que puede decir claro, la negación, o sea, los códigos están rotos. Hay que hacer algo a partir de saber que los códigos están rotos. De esa manera se escribe. Como es una casi revelación, se revela esa profunda pérdida y ya la sabemos, pero no la queremos saber, hay un goce estético. Dar y recibir el grito primordial de la pérdida, transformarla en miles de palabras que hacen belleza, tal vez en cuanto son esenciales.

"Digo y mi decir, es un decir de algo que no me pertenece, algo que se filtra solapadamente en mi lenguaje. Algo que no quiero, que no deseo decir. Digo o aprendí a decir, no como los animales en sus gritos para expresar subjetivamente una emoción que no comunica. Hablo para dar unidad a mi pensamiento desestructurado, a mi masa de sensaciones sin unidad, hablo para dar una imposible unidad a lo que siento y para comunicar a otro un mensaje que necesito. Hablo y en seguida aparece la ambigüedad, el malentendido: no quiero decir lo que digo, digo *lo otro*, la ajenidad absoluta. Y el otro entiende lo que no quise decir, lo que ni siquiera se filtró en mis palabras, sino en su propio pensamiento que tradujo de acuerdo a su masa oscura de sensaciones primordiales, su universo absolutamente distinto e incommunicable. Las tinieblas, la confusión el desorden de antes de "Hágase la luz", luz que no mostró sino una nueva oscuridad: la sombra de la luz".

En este segundo ensayo de Liliana Diaz Mindurry, conocida narradora y poeta argentina, se juega con la palabra Mal-Decir que implica el uso literario de aquellas complejidades y maldiciones del habla: paradoja, ambigüedad, multivocidad, malentendido, transmutadas por la literatura en estética y una manera de revelar el mundo, mostrando el caos (abertura en griego) de la trama textual del universo, formando así un nuevo orden que produce un nuevo caos, de un modo infinito. Escritura literaria como oscuridad productora de una luz distinta a la que estamos habituados.

